

MONTEJURRA: SANGRE CARLISTA EN LA CUMBRE

UN MUERTO DE VEINTE AÑOS Y UNA DOCENA DE HERIDOS, TRES GRAVES.

«VA A HABLAR EL REY DON SIXTO», ANUNCIARON CON UN MEGÁFONO EN LA CUMBRE. «¡VIVA CARLOS HUGO!», RESPONDIERON LOS PEREGRINOS. UNA AMETRALLADORA ABRIÓ FUEGO SOBRE LOS RECIÉN LLEGADOS...



Veinticinco mil personas hacia la cumbre de Montejurra para rezar por los muertos en las guerras carlistas

«ESTO no se había conocido ni en los tiempos de Franco», comentaban los más viejos del lugar, Lizarra (Estella), ante el extraordinario despliegue policiaco del 9 de mayo, fecha en que se rinde homenaje a los muertos en las tres guerras carlistas, en el pico de Montejurra. Montejurra fue esencialmente celebración religiosa, incluso desde los años 50, en que actos políticos se sumaron a los puramente conmemorativos. Pero Carlismo y Tradicionalismo se separaban ya; evolución e inmovilismo, respectivamente. El Partido Carlista, con su líder expulsado de España, se define entonces socialista, autogestor, democrático, autonomista... Navarra se integra de modo galopante en la Euzkadi democrática. Montejurra-76 es la eclosión del Carlismo fuera de su cuna tradicional y el apoyo tácito de los grupos más revolucionarios del País Vasco, sin perder su primitivo sentido religioso.

Había innovaciones; de dos vertientes. El Partido Carlista invitaba a toda la democracia española a sumarse a la subida al monte. «La subida de la libertad». Las reivindicaciones del País Vasco empiezan a traspasar aquellas fronteras para extenderse a todo el territorio nacional. Por su cuenta, y en otro orden de cosas, fuerzas consideradas reaccionarias, política e históricamente ajenas a la «romería», intentan boicotear el sentido carlista del acto convocado por primera vez a Montejurra.

CAÍN, ABEL Y LOS OTROS

Cronológicamente, el primero en pedir permiso fue el Partido Carlista. La Hermandad de Combatientes Requetés, pre-

sidida por don Ignacio Romero Osborne, marqués de Marchelina (no integrada en la Hermandad federada de José Antonio Girón de Velasco, y única reconocida como tal por el Partido Carlista), pidió plaza en la tolerancia oficial. Los Combatientes de Girón llamaron a simpatizantes y afiliados de las ocho Hermandades restantes «para defender los ideales del 18 de julio en Montejurra, frente a los miembros del Partido Carlista», rechazando la validez representativa de los del marqués de Marchelina.

Por su parte, don Sixto Enrique de Borbón-Parma, hermano menor de Carlos Hugo, repudiado políticamente por la familia y el Partido, hizo público su llamamiento.

Desde varios días antes al domingo sangriento, la policía buscaba a María Teresa de Borbón-Parma en Pamplona. Hubo registros en muchos domicilios, pero la princesa, expulsada verbalmente del país, no apareció. Al mismo tiempo, su hermano don Sixto se hospedaba en el hotel Irache, de Estella, donde parece que también residía el señor Sánchez Covisa, dirigente de los Guerrilleros de Cristo Rey. El hotel estaba vigilado por Guardia Civil y gente de paisano.

Las reuniones preparatorias de Montejurra por parte de los carlistas, se convirtieron en pequeñas manifestaciones, al ser disuelta toda concentración de este signo por la policía. El Gobierno Civil no autorizó el acto político carlista, programado para las cinco de la tarde en la plaza de toros de Estella, cediéndola gustosamente por el Ayuntamiento, y crecían los rumores de que Carlos Hugo, en persona, formaría parte de los peregrinos a la cumbre. El líder carlista



Carlos Hugo e Irene acaban de enterarse de los disparos.

había estado en Montejurra en 1957 y 1958, pero nunca después de la expulsión de 1968, ratificada hace unas semanas, cuando no se le permitió pasar del aeropuerto de Barajas.

Con este clima político, y mejor, a pesar de él, el 9 de mayo lluvioso y sin frío, amaneció pacífico, porque pacíficas eran las consignas. Guardia Civil, controlando las entradas y salidas de Estella,

examinando la documentación de personas y vehículos; Policía Armada Anti-disturbios y participantes con brazalete inequívoco que les acreditaba Ex Combatientes de Girón, Guerrilleros de Cristo Rey junto a otros grupos extremistas similares, no consiguieron romper la calma inicial y los propósitos del acto carlista.

Los altavoces del Monasterio de Irache, punto de partida de la peregrinación, repetían incansablemente llamadas al orden y a la unidad, mezcladas con cantos y máximas carlistas. Miles de personas con boinas rojas de Carlos Hugo y Combatientes del marqués de Marchelina, confraternizaban en las puertas de Irache, a punto de iniciarse el Vía Crucis. Es el momento en que aparece la princesa Irene, con su cuñada María de las Nieves de Borbón-Parma. La multitud aclama a «su Reina» y gritan «¡Carlos Hugo, libertad!». Mientras las dos princesas se encontraban en el interior del Monasterio, se oye un disparo. Grupos de jóvenes gritando: «¡Viva la guerrilla!», «¡Viva Cristo Rey!», enarbolan barras de hierro, cadenas y estacas, y arremeten contra la gente congregada en el Monasterio en un ataque sorpresa. Se oyen gritos de indignación entre los carlistas, dispuestos a repeler la agresión. Los altavoces casi suplican resistir, recordando que la contestación violenta es el objetivo deseado por los agresores. Pasan los heridos al interior del Monasterio. Uno de ellos, grave, es un dirigente de la HOAC, invitado por el Partido Carlista. Una se-





Bajan los heridos. Estupor, asombro, indignación.

ñora con la cabeza partida repite que eso es por la libertad, que no importa. Atienden a un tercero. Los guerrilleros se han replegado.

Se restablecen los ánimos y empieza el Vía Crucis. Delante, Irene y María de las Nieves, en el camino hacia la cumbre de Montejurra. Ondean banderas carlistas valencianas, mallorquinas, catalanas, asturianas, ikurríñas, ETA y hasta una del Polisario. Rojo de las boinas, verde de los montes navarros; jóvenes, viejos, niños, mujeres... 25.000 personas cantando a la libertad. La multitud pasa ante la impresionante concentración de la policía cuyo

último reducto se queda al pie de Montejurra, sin intervenir en ningún momento.

«Pueblo unido jamás será vencido», «Carlos Hugo, libertad», «Viva el Rey del pueblo», «Cogestión, socialismo, revolución», «Libertad, amnistía para las Españas», «Visca Catalunya», «Viva Andalucía», «Viva la libertad religiosa»... Así, incansablemente, a pesar de la dureza de la subida, casi ocho kilómetros monte arriba por un camino de barro, piedras y muchos ánimos. Sobre las once de la mañana, la serpiente humana se conmociona. Carlos Hugo ha salido de la espesura del bosque para unirse a la marcha. Boina negra, anorak y unos pantalones de pana. Emoción y abrazos. Desde la primera fila hasta la cola llega la noticia. Los gritos se intensifican, y la gente sigue adelante. Irene y su hermana van con él. El líder carlista está más o menos en la mitad de la peregrinación. Los primeros deben haber llegado arriba ya, cuando se oyen unos disparos. Silencio y dos ráfagas más de ametralladora. La marcha sigue sin noticias de lo que haya podido ocurrir en la cumbre. Cuando el sacerdote que dirigía el Vía Crucis estaba sólo a cien metros del pico final, los de arriba piden ayuda de la Cruz Roja. Tardan sólo dos minutos en aparecer, y los reciben con aplausos. Nadie sabe exacta-



Efectivos al pie del monte. No hubo intervención.

mente qué pasa, pero en seguida bajan las camillas con una sucesión de heridos. Uno de ellos, con un dispa-

ro en la ingle, cuenta mientras le vendan que al llegar a la gruta había un grupo de unos 60 hombres, algunos

(Pasa a la pág. 25)





La primera persona herida, en el «ataque» al Monasterio. Quince puntos de sutura en la cabeza.



Arriba, Sixto Enrique de Borbón-Parma, en sus tiempos de legionario en el Tercio. Abajo, los carlistas se repliegan magullados. Por lo menos tres heridos graves, uno de ellos de bala.

«SIXTO, YA VES QUÉ PUEBLO TIENES CONTIGO: PISTOLEROS. HAS TRAICIONADO A TU PADRE Y A ESPAÑA», GRITÓ UNA JOVEN. «TÚ ERES UNA HIJA DE 'LA PASIONARIA'», RESPONDIÓ SIXTO. «EN TODO CASO SERÍA MEJOR QUE SER HIJA TUYA, ASESINO».

(Viene de la pág. 23)

con uniformes caqui de combatientes y otros extranjeros, hablando portugués e italiano, y les han dicho por un megáfono que iba a hablarles el Rey don Sixto. Los carlistas contestaron con un «¡Viva Carlos Hugo!». Don Sixto, junto a un tal José Arturo Márquez de Prado, antiguo tradicionalista, no pudo hablar. Uno de los que le acompañaban disparó al aire y amenazó a los presentes y a todos los que subieron detrás, si intentaban proseguir la marcha. Nuevos gritos de «¡Carlos Hugo, Libertad!». Alguien dio orden de disparar. Una ametralladora se dirigió hacia el grupo carlista. Cayeron tres. Ricardo García Pellejero, de veinte años, obrero en la empresa Agni, murió de un tiro en el corazón. Cuando le bajaban hacia Estella, todavía alentaba.

Un periodista extranjero subió a hablar con don Sixto. «No puedo hacer declaraciones en momentos tan dramáticos». Pero sí respondió a una joven carlista, a la que las balas silbaron sobre la cabeza, dolorida por unos estacazos en el brazo: «Sixto, ya ves qué pueblo tienes contigo; pistoleros. Has traicionado a tu padre y a España». «Tú eres una hija de



la Pasionaria». «En todo caso, sería mejor que ser hija tuya, asesino».

Cuando la multitud supo ya que había un muerto, tres heridos muy graves y una gente en el monte dispuesta a matar a todo el que subiera, hubo diversidad de opiniones. Algunos eran partidarios de llegar hasta arriba y enfrentarse a ellos. Sólo la disciplina del Partido y el criterio de Carlos Hugo y otros dirigentes pudo mantener la unidad. El cura celebró la Misa a cien metros del altar prometido. Pan de una barra corriente y vino de una bota. El cáliz, un vaso verde de plástico.

Se pronunciaron palabras duras contra el fascismo y la represión. Arias y Fraga estuvieron en boca de 25.000 personas, dominadas por la pena y la indignación.

La consigna fue concentrarse en el repetidor de televisión, un poco más abajo. Montejurra bajaba hacia Estella, porque alguien hizo imposible cumplir los objetivos iniciales de celebrar la misa arriba. El helicóptero intentaba impedir

el discurso carlista de un dirigente hacia la masa reunida por fin en la explanada del repetidor. Fue abucheados desde abajo con puños y bastones. Todavía se pedía calma, serenidad y no contestación a las futuras provocaciones.

Carlos Hugo se había reintegrado al monte; Irene se despedía ya. Una gran fogata para quemar ejemplares de «El Alcázar» antes de disolverse de nuevo hacia Irache. Se ven caras extrañas al signo de la concentración. Oriol y Urquijo, ex ministro de Justicia, junto al tradicionalista Zamanillos y Araluce, presidente de la Diputación de Guipúzcoa. Es una breve aparición. Los ánimos no están para convivencias con heterodoxos.

Al pasar de nuevo junto a las concentraciones policiales, la gente grita improperios y frases alusivas a la tragedia que acaba de ocurrir. Pero no ha habido tiempo de reaccionar todavía.

A las dos de la tarde, Estella está prácticamente cortada a cualquiera que pre-

tenda entrar. Los controles se han multiplicado hasta Pamplona. Al anochecer del día de Montejurra, la Junta de Gobierno del Partido Carlista hace un comunicado. El balance arroja más de una docena de heridos. La mayor parte de bala. Tres están muy graves. La princesa Irene estuvo al día siguiente visitando a los heridos en el hospital de Pamplona. La Organización Revolucionaria de Trabajadores, LCR ETA VI, Partido del Trabajo y otros grupos de oposición llaman a una huelga general en Navarra en señal de duelo.

Otro comunicado conjunto de fuerzas nacionalistas y ciudadanas protestan y lamentan lo ocurrido, exigiendo responsabilidades e investigación exhaustiva.

La jornada terminó con tres pequeñas manifestaciones en Pamplona, una de ellas disuelta por disparos al aire de parte de agentes de paisano. Montejurra empezó con pistolas y acabó con tiros. Descanse en paz Ricardo García Pellejero, veinte años. ■ **MARÍA EUGENIA YAGÜE. Fotos: GERMÁN GALLEGÓ.**